

Accésit

Ángel Júlvez Pardos

La carta



Hoy es 22 de noviembre de 1982 y te escribo esta carta, Chelo, mi querida hija, porque quiero contarte todo lo que nunca me he atrevido a decirte en persona y sigo sin atreverme. Por eso he decidido hacerlo por escrito, para que cuando ya haya muerto, conozcas lo que viví desde el golpe de estado de 1936 y los años siguientes. Tampoco quiero que leas esta carta hasta que yo me haya ido. Cuando la termine la meteré en un sobre que guardaré en la cajita que tengo en el fondo del cajón de mi mesilla y que tú, cuando eras pequeña, siempre me preguntabas qué guardaba allí. Pronto lo sabrás hija mía, porque como tú y yo sabemos, me queda muy poco de vida, puede que ni tan siquiera llegué a ver el próximo nuevo año. Cuando la abras, verás que allí guardo unas cuantas cartas de Marcelino, mi marido, y un anillo, su alianza de matrimonio. Como te iba diciendo, meteré la carta en la caja, luego la cerraré con llave y me la colgaré al cuello en la cadenita junto con la medalla de la Virgen del Carmen, esa que me regalaste y te empeñases en que la llevara siempre, a pesar de que, como sabes, no soy creyente. En cuanto acabe esta carta te diré, que cuando muera, cojas la llave de mi cuello y abras la caja que tanta curiosidad te provocaba de niña. Te diré que dentro hay cosas de papá, no te diré que dentro hay una carta que he escrito para ti, ya la verás cuando abras la caja. Es esta misma carta que estás ahora leyendo. Sé que no podrás evitar unas lágrimas, lo sé porque te conozco bien, hija mía, pero te ruego que seas fuerte, lo vas a necesitar sobre todo para leer todo lo que a continuación tengo que contarte. Antes quiero decirte que siempre pensé que nunca volvería a ver un Gobierno de izquierdas en este país, pero ni tan siquiera hace un mes que el Partido Socialista de Felipe González ganó las elecciones de manera arrolladora. Las buenas gentes de este país quieren pasar página y apartar de una vez a los fascistas y a los militares golpistas. Han sido necesarios 46 años, para que aquí se empiece a ver la luz.

Querida Chelo, yo me casé, como sabes, en mayo de 1936, dos meses antes de que estallara la guerra, esa espantosa guerra de la que nunca quise hablarte. Mi marido, que era de la UGT, al día siguiente del levantamiento tuvo que huir para evitar que le mataran. Los falangistas, ese mismo día,

entraron en el Ayuntamiento cuando la Corporación estaba celebrando un Pleno extraordinario y encarcelaron a los concejales de izquierdas. Mi marido huyó hacia la sierra y estuvo oculto durante unos meses sobreviviendo como pudo. Solamente nos vimos una vez en todo ese tiempo, fue a mediados de noviembre, aprovechando que las noches eran más largas y las temperaturas todavía no eran muy bajas, poco después de anochecer se presentó en la casa, fue un encuentro intenso después de cuatro larguísima meses sin saber el uno del otro. Un poco antes del amanecer se marchó llevándose un buen hatillo con comida y todo el amor que pude darle. En enero de 1937, una patrulla del bando nacionalista dio con él y lo trajeron atado por las manos, las zapatillas destrozadas, los pies llenos de heridas y la cara ensangrentada por los golpes que le dieron. Uno de una población cercana lo reconoció y avisó a la patrulla que estaba por aquella zona, en el monte, a quince kilómetros del pueblo. Cuando lo descubrieron intentó defenderse y a uno de sus captores le dio una pedrada que le hizo perder el conocimiento. Los otros consiguieron reducirle, no le mataron en ese momento, pero mejor hubiese sido que lo matasen allí mismo. Querían que el castigo fuese ejemplar y lo consiguieron.

Lo trajeron atado, como te dije, hasta una pequeña plaza del pueblo. Allí mismo improvisaron un paripé de juicio y le condenaron a muerte en aquel mismo momento. El que había recibido la pedrada, marchó hacia su casa, muy cerca de aquella placeta y al momento regresó con una lata en la mano. Se plantó delante de sus compañeros y les dijo que ese cabrón era el marido de Lucía, otra roja como él y mandó que fuesen a buscarme y me llevaran allí.

Dos hombres del pueblo, armados con escopetas, se presentaron en mi casa y sin decirme nada a pesar de mis gritos de protesta me llevaron a la placeta y pude contemplar con horror que mi marido estaba de rodillas en el suelo con las manos atadas, los pies ensangrentados, una herida abierta en la cara por la que sangraba y la camisa rota y abierta. Estaba anocheciendo y hacía un frío terrible. Me solté del que me agarraba por un brazo y me dirigí corriendo, mientras gritando le preguntaba a mi marido qué le habían hecho. Al momento el hombre del que me zafé salió corriendo, también, detrás mío y me sujetó por la cintura. El que parecía ser el jefe le dijo que me soltase, que le dejase ir hasta él, que así vería de cerca lo que les hacían a los rojos. Les pedí que le tapasen con algo, que hacía mucho frío y estaba medio desnudo. Entonces el que parecía el jefe, riéndose dijo que hacía frío, sí, pero que no me preocupase, pues pronto iba a entrar en calor. Entonces se agachó, cogió la lata que tenía junto a él y empezó a verterla sobre la cabeza de Marcelino. Un penetrante olor a gasolina se extendió por toda la

plaza. Yo me abalancé hacia él para intentar detenerle, pero me dio un tremendo manotazo que me tiró al suelo. Mi marido gritó mi nombre y dijo que me quería y les pidió que no me hiciesen nada, llamándoles cabrones. El jefe en tono bravucón le dijo que el único cabrón que allí había era él. Luego dirigiéndose a mí, llamándome puta, me preguntó si quería morir con él y ordenó que me levantasen. Yo le contesté que, si iban a matarle, quería morir con él. Mofándose de mí me dijo que ya me llegaría la hora, que de momento disfrutase del espectáculo viendo lo que hacían con los rojos desgraciados como mi marido. Sacó un mechero del bolsillo de su pantalón y le prendió fuego. Sus gritos desgarradores se unieron a los míos ante semejante atrocidad y se elevaron hacia el cielo junto al humo negruzco que desprendía su cuerpo. Quise apartar la mirada, pero uno de los que me sujetaban me levantó la cabeza obligándome a mirar esa imagen dantesca. Marcelino siguió profiriendo unos gritos espantosos durante unos segundos que me parecieron eternos y una vez se apagó su lamento tan solo se oía el chisporroteo que producía su cuerpo al quemarse. El olor a carne quemada se apoderó del intenso olor a gasolina. El cuerpo convertido en un pequeño montón de carne socarrada y negra continuó consumiéndose por el fuego durante unos treinta minutos. Los dos hombres me soltaron y yo quedé postrada de rodillas a unos diez metros de aquella pira humana que ya solo despedía humo, un humo tan negro como el corazón de sus asesinos. Aun se podían ver algunas chispas anaranjadas saltar de su interior brillando en la negrura de la noche. Todos aquellos hombres, siete llegué a contar, se marcharon; uno de ellos al pasar a mi lado, me lanzó un escupitajo. Pasados unos minutos seguía contemplando aquel cuerpo carbonizado cuando noté una humedad densa entre mis piernas. Entonces unos brazos me levantaron y sin decirme nada, me ayudaron a llegar a mi casa. Les miré eran Elena y su marido Julián, primo de mi marido, que vivían muy cerca de nosotros. Entonces, mirándole a ella le dije: esos malnacidos, además de matar a mi marido, han matado también a nuestro hijo. Acabo de tener un aborto.

Ahora Chelo, perdóname, pero estoy cansada y con los ojos enrojecidos por las lágrimas que me provocan esos recuerdos, pero a pesar del sufrimiento que tengo al evocar aquellos momentos, tú debes de conocer toda la verdad. Ahora voy a descansar un rato.

Han pasado un par de horas, he descansado lo suficiente y retomo la carta en el mismo punto que la dejé.

En el pueblo, la gente por la calle me insultaba e incluso en la tienda de ultramarinos se negaban a venderme nada. En ese instante decidí no volver a salir de casa, con el pequeño corral y el huerto que tenía, intentaría

sobrevivir. Afortunadamente Elena cuidó de mí y algunas noches, con cierta frecuencia, entraba por el corral en la parte de atrás y me traía alimentos de los que carecía y no podía comprar. Estuve sin salir casi un año, pero en octubre del 38, dos falangistas vinieron a detenerme. Me llevaron a una cárcel improvisada en unos antiguos almacenes de fruta donde convivíamos hombres y mujeres. Lo primero que hicieron cuando llegué a ese lugar inmundo fue cortarme el pelo al raso. Otra presa fue la encargada de hacerlo.

Me pidió perdón por lo que iba a hacer. Pero si no hacía lo que le ordenaban le podían dar el paseíllo inmediatamente. Además, me dijo que me iría bien, que me libraría de los piojos y después me crecería más fuerte. Además, me dio un consejo, ya que allí todo era suciedad y mierda, me afeitase los sobacos y para que me librase también de ladillas me afeitase, también, la parte de abajo. Le agradecí el consejo y así lo hice. Aquí, me dijo, que todas estaban rasuradas. Fueron seis meses terribles pensando cada noche que me iban a sacar de allí, montarme en uno de esos camiones que aparecían alguna noche en torno a la una de la madrugada y me iban a llevar para fusilarme en cualquier barranco. Durante ese tiempo perdí a tres de las amigas que hice en aquel barracón, incluida la que me cortó el pelo el primer día que llegué. No hago nada más que pensar, incluso ahora, dónde estarán sus cuerpos, si sus familiares conseguirían recuperarlos o todavía están bajo la fría y extraña tierra de algún barranco o en cualquier cuneta. Durante el tiempo que estuve allí, los martes y los jueves, un sargento que estaba al frente de los que nos vigilaban, me sacaba a las ocho de la mañana y me llevaba a su casa, para hacer de asistenta y criada de su mujer. El trato que recibí no fue bueno y tuve que soportar insultos y humillaciones, pero al menos, durante los fríos meses de aquel invierno, había dos días a la semana que durante doce horas no pasaba frío y además hacía dos comidas calientes al día.

El final de la guerra llegó en abril de 1939, pero a partir de ese momento mi situación no mejoró, más bien al contrario, empeoró. A muchas de las presas compañeras mías las soltaron al día siguiente, el dos de abril. Parece ser, sin que todavía sepa el por qué, yo estaba considerada una peligrosa roja y me trasladaron a Madrid a la cárcel de mujeres. Al cuidado de las presas había hombres y mujeres con pistola y porra al cinto. Según me contaron esa cárcel se había abierto por primera vez en 1933, para albergar a unas cuatrocientas presas, sin embargo, llegamos a estar diez veces esa cantidad. No estábamos solamente mujeres, también había niños y bebés. La mala alimentación, las condiciones higiénicas y una peor atención médica provocaba a diario la muerte de varias reclusas. Otras eran sometidas a

juicios sumarísimos e inmediatamente fusiladas en lugares cercanos a la cárcel. En el mes de junio conocí a una muchacha muy joven, casi una niña, Luisa creo que se llamaba, le estaba escribiendo una carta a su madre. Pertenecía a las juventudes socialistas y había sido detenida junto a otras doce mujeres, todas ellas muy jóvenes y más de cincuenta hombres, también muy jóvenes. Las torturas a las que fue sometido un miembro de la organización clandestina formada por miembros de las Juventudes Socialistas y del PC, detenido por la colaboración de un policía infiltrado, permitió conocer los nombres de todos aquellos jóvenes que fueron apresados inmediatamente. Creyendo que pertenecían al comando que a finales de julio atentó contra un coche en el que viajaban un comandante y su hija o por simple venganza, un juicio sumarísimo llevado a cabo en los primeros días de agosto condenó a muerte a sesenta y cinco personas, entre esas personas, trece eran mujeres jóvenes. A pesar de los amotinamientos que provocamos y que intentaron disolver de una forma violenta y salvaje, Luisa, junto a otras doce compañeras fueron subidas a un camión la madrugada del cinco de agosto y fusiladas en las tapias del cementerio que hoy se conoce como el Cementerio de la Almudena.

Sería al día siguiente cuando uno de los guardias que participó en la represión del motín, me reconoció y me llevó a una habitación en la que había una mesa, una silla, un armario y una cama y allí mismo me dijo que iba a correr la misma suerte que aquellas trece muchachas, pero me dijo que, si me acostaba con él, todo quedaría olvidado. Yo me negué y le dije que prefería la muerte. A pesar de mis gritos y mis esfuerzos por evitarle, consiguió violarme. Después, las compañeras de celda intentaron consolarme, pero yo no podía dejar de llorar. No quedó todo ahí, durante los cinco miércoles de las cinco semanas siguientes siguió llevándome a su cuarto, violándome impunemente. La tercera vez ya no opuse resistencia, fui violada sin que yo moviese un solo músculo y sintiendo un asco indescriptible que iba aumentando con cada empuje de su cuerpo contra el mío. Pensé llevar conmigo unas tijeras y clavárselas en el cuello cuando estuviese sobre mí, pero no lo hice. La cuarta vez me desnudé al momento de entrar en el cuarto para evitar que fuese él el que me quitase la ropa. Recuerdo que sentí odio, un odio infinito pero que a la vez no me sentía con fuerzas para matarlo. La quinta y última vez, no sentí nada, fue como si me hubiese convertido en una persona sin sentimientos e incapaz de sentir dolor, incapaz de sentir placer. En un momento recordé a mi marido, quise pensar que era él el que estaba sobre mí, que era él el que me estaba penetrando y por un momento sentí una brizna de placer, pero al momento lo saqué de mi mente. Sentí que era una obscenidad terrible que me

entregase a aquel hombre pensando en mi marido. Luego me vestí y volví a mi celda, hasta mis compañeras se habían habituado y ya no se acercaron a consolarme.

La semana siguiente no volvió, me dijeron que lo habían destinado a otro lugar. Me sentí liberada y contenta hasta que al mes siguiente me di cuenta de que estaba embarazada. Aquel cabrón del que no sabía ni su nombre, me había preñado. Me fui hacia la cocina, cogí un cuchillo y cuando estaba a punto de clavármelo en la tripa, la mano de una de las cocineras que se había percatado de mis intenciones me detuvo a tiempo. Comprendiendo lo que me ocurría me dijo que debía ser fuerte, que no era la primera que allí se encontraba en esa situación y que tampoco sería la última.

Chelo, hija, quiero pedirte perdón, pero creo que entenderás por qué no me atreví jamás a decirte en persona lo que ahora estás leyendo. Quiero pedirte perdón por haber intentado librarme de ti en cuanto supe que estabas dentro de mí. Quiero pedirte perdón por haberte mentido en cuanto a tu padre. Te pido perdón por haberte hecho creer que había muerto en un accidente en la primavera de 1940. Te pido perdón por no haberte dicho que tu padre fue un fascista que me violó mientras estaba presa en la cárcel de Ventas.

Pero quiero seguir contándotelo todo. En junio de aquel año naciste tú, nada más verte me arrepentí de cualquier deseo anterior que hubiese tenido de perderte. Eras la niña más preciosa del mundo y pensé que eras el regalo mejor que podía tener en la vida. Por un tiempo me olvidé de que estaba prisionera, de que nuestra vida no iba a ser fácil. Fueron dos años duros, a las madres nos dejaban tener a los hijos con nosotras, pero eso no nos evitaba el realizar las labores que nos encomendaban en aquella cárcel. Nos permitían alimentarnos mejor mientras os amamantábamos. Sabía que las mayores atenciones y cuidados se debían a que cuando cumplieses los dos años te arrancarían de mis brazos y querían que fueses una niña sana y lozana. El destino que te esperaba era que te diesen en adopción a alguna familia adicta al régimen o en el mejor de los casos, al menos para mí, que te ingresasen en un convento al cuidado de unas monjas para que te inculcaran los valores religiosos de los que las “madres rojas” carecíamos.

Así fue. Un día del verano del cuarenta y dos, dos de las guardias entraron en la celda y nada pude hacer para evitar que te llevaran con ellas. Tu llorabas desconsoladamente y yo me quedé sentada en el suelo con los brazos abiertos hacia ellas gritándoles que no se llevasen a mi pequeña. En aquellos instantes pensé que jamás te volvería a ver.

Tal era mi dolor que de los treinta días siguientes no recuerdo nada, luego me dijeron las compañeras de celda que me movía por el interior de la prisión como un fantasma y que apenas comía y había noches en las que no dormía nada. Una tarde me dijeron que me presentase en la sala de visitas, un hombre preguntaba por mí. Era Julián. Nos fundimos en un abrazo, lo primero que me dijo fue lo delgada que estaba y el mal aspecto que tenía. Después de contarle lo que me había sucedido desde que ingresé en aquel infierno, él me dijo que me había localizado a través de su hermano Andrés, que ahora era un alto cargo del Ministerio de Gobernación al frente del cual estaba Serrano Suñer. No sabía quién era ese tal Serrano, después supe lo importante que era y el poder que tenía. Me dijo también que iba a hacer todas las gestiones para que pudiese salir de allí. Yo le dije que, si no te localizaba antes a ti, cariño mío, prefería quedarme para siempre en la cárcel.

Al cabo de un mes, más o menos, la directora de la cárcel en persona, vino a verme y me dijo que recogiese mis cosas, se me habían concedido un indulto y era libre. No sentí nada cuando me lo dijo, yo lo único que quería era recuperarte a ti.

En la puerta me estaba esperando Julián, me dijo que habían localizado el sitio donde estabas. Ya puedes imaginarte lo feliz que me sentí. Julián intentó sosegar mi repentina euforia y me dijo que tú no ibas a poder vivir conmigo de momento. Mi sentimiento de alegría dio paso a un sentimiento de frustración. Me dijo que sin dinero no podría mantenernos las dos. Le dije que vendiese mi casa del pueblo, entonces Julián me dijo que la casa fue requisada por los franquistas en el mismo momento que me detuvieron. ¡Otra cosa más que me quitaron los fascistas!

Me dijo que esa misma mañana íbamos a ir a ver a su hermano al Ministerio de la Gobernación y que yo ya sabía cómo era él, una persona muy de derechas con ideas totalmente afines al fascismo. También me dijo que, al contrario de él, su hermano era profundamente religioso, yo ya lo sabía por mi marido. Marcelino y Julián eran muy amigos, sin embargo, su relación con Andrés nunca había sido buena. Me advirtió que delante de Andrés me comportase “correctamente”.

Ya en su despacho lo primero que quiso dejarme claro fue que todo lo que había hecho y lo que iba a hacer no lo hacía por mí, puesto que las personas como yo, que eran más proclives a seguir las doctrinas comunistas que las doctrinas del evangelio y de la Iglesia, no nos merecíamos nada y que lo hacía porque su hermano pequeño, por el que sentía un inmenso amor, se lo había pedido y procuraría comportarse conmigo siguiendo las

enseñanzas de Cristo, como un buen samaritano. Yo al escucharle lo que pensé fue que era un buen fariseo. Seguí escuchándole. Me dijo que su hermano ya le había puesto en antecedentes sobre mi situación y puesto que no había constancia oficial de la muerte de mi marido, como tampoco había registro oficial de mi hija, iba a tratar de inscribir en el registro la muerte de Marcelino, por accidente, en abril de 1940 y a ti se te inscribiría como hija póstuma. Me dio información del colegio de monjas donde estabas interna y me advirtió que estarías interna hasta que cumplieses diez años. No podía permitir que recibieses educación de una atea como yo y deberías educarte en los valores de la fe cristiana y del “movimiento nacional”. Pero que, no obstante, podría ir a visitarte todos los jueves por la tarde hasta que cumplieses los seis años y que a partir de entonces y hasta los diez años podrías pasar conmigo, además, mes y medio cada año. Un mes en verano y quince días en Navidad. Me dijo que o bien aceptaba esas condiciones o jamás volvería a verte.

Puedes ver que acepté sus condiciones. Al salir del Ministerio y en un bar cercano Julián me dijo que debía sentirme contenta, yo le dije que me hubiese gustado haber podido volver al pueblo contigo, entonces fue cuando Julián me dijo que abriese los ojos, que en el pueblo nunca sería bien recibida, que me harían el vacío, como me lo habían hecho ya antes de detenerme, además no tenía casa donde vivir, nadie me daría trabajo y por lo tanto me dijo que aquí en Madrid nadie me conocería. Que él me iba a dar un dinero para que pudiese pagarme durante un tiempo una pensión y me había localizado un par de casas, a través de Andrés, para que fuese a limpiarles y lavarles la ropa tres veces a la semana, después yo ya podría enterarme de otras casas para hacer cualquier menester que fuese necesario, barrer y fregar escaleras...cualquier cosa. Así podría vivir de forma independiente y ahorrar para cuando pudieses volver a vivir conmigo.

Ningún jueves, dejé de faltar a la cita contigo. Durante todo ese tiempo a veces estaba agotada por el trabajo diario que tenía que soportar. Hice de fregona, de lavandera, de cocinera, de chacha. ¡Cuántas escaleras fregué y cuantas camisas planché con fiebre!

Siempre procuré ocultarte mis dolores y mis molestias, siempre procuré que fueses feliz apartándote del sufrimiento.

Hasta pude, con gran sacrificio del cual no me arrepiento, alquilar un pisito decente en Lavapiés y a puro de muchos sacrificios y privaciones que tú estudiases contabilidad y taquigrafía para que pudieses colocarte en una oficina como una señorita.

Es por eso que no me arrepiento de nada. Luego te casaste con un hombre buenísimo que te cuida y te quiere y que quiso que me fuese a vivir con vosotros. Desde entonces no consentisteis que volviese a trabajar. Querías que viviese como una reina. Me devolviste más de lo que yo te di. Eso sí, nunca conseguiste que fuese con vosotros a misa de doce los domingos, ni a ninguna de esas novenas que tanto te gusta ir. Tu tío Andrés, al que no conoces, quiso que te inculcasen valores cristianos y bien que lo consiguió. Pero una cosa he de decirte y perdóname esta pequeña alegría de abuela: Tus hijos, por lo menos, no se parecen, en eso, a ti. ¡Se parecen a mí!

Ya sabes lo mucho que siempre te he querido, hija mía, esto anterior es una pequeña broma que me he permitido. Hubieses sido como hubieses sido, te hubiese querido igual. Me gusta cómo eres y a veces, hasta envidio tu fe. Pero... ya sabes, tu madre es así. Siempre seré una "roja", de corazón y de pensamiento.

Una cosa más, la misma noche que mataron a Marcelino, tu tío Julián y dos amigos de su confianza recogieron sus restos de la plaza donde lo quemaron y lo llevaron hasta la parte trasera del cementerio del pueblo. Afuera, junto a la tapia, lo enterraron. Entre los huesos calcinados de una de sus manos habían sacado con cuidado el anillo que llevaba de casado. Al día siguiente Julián vino a casa y me lo entregó. Recogí el anillo, le di las gracias, me quedé contemplándolo en silencio, sin decir nada, sin derramar ni una lágrima tan siquiera, tanto había llorado que, estaba seca por dentro, pero, aunque las lágrimas no afloraban a mis ojos, el dolor que sentía, la tristeza que me embargaba, eran inenarrables. En aquellos momentos solamente tenía deseos de morirme, de marcharme yo también con él. A mi tristeza se unía el vacío infinito que sentía en mi interior al haber perdido a su hijo, a nuestro hijo.

A lo largo de estos años hice alguna que otra escapada al pueblo. Ni tan siquiera entraba en él, Julián me recogía en la estación y me llevaba directamente hasta el cementerio. No hace mucho llevé conmigo unas pinturas y en una de las piedras de la pared a un metro de donde está enterrado, entre tu tío y yo, pintamos una rosa roja. Nunca he pretendido exhumarle de ese lugar para enterrarle en el interior. Sé dónde están sus restos, he podido visitarle y quizás él prefiriese quedarse donde está, antes que al otro lado de la tapia.

Esto es todo lo que quería contarte, mi amor. ¿Entiendes ahora por qué te llamas Consuelo? Tú fuiste el único consuelo que tuve después de tanto sufrimiento. Ahora solo me resta confiar en que, llegado hasta aquí, sepas perdonarme.

Tu madre que te quiere con toda su alma.

Consuelo, Chelo, había muerto en abril del año 2021, sus hijos Marcelino e Isabel, de 56 y 51 años respectivamente, estaban revisando todas las cosas de su madre para tirar todo lo que no fuese imprescindible. Bien es cierto que no había mucho de lo que desprenderse, pues Consuelo, había heredado la sobriedad de la abuela Lucía y solo guardaba lo imprescindible para vivir, todo lo demás que ya había cumplido su función lo tiraba sin ningún remordimiento. Marcelino encontró una cajita de madera al abrir uno de los armarios. La caja no estaba cerrada, al abrirla comprobó que había un anillo y varias cartas. Todas estaban dirigidas a la abuela Lucía y parecían ser del abuelo Marcelino, excepto una que ponía: “Para mi hija Chelo”.

—Mira Isabel, he encontrado unas cartas en una caja de madera y una de ellas está dirigida a mamá, parece ser que se la escribió la abuela. Voy a leerla para ver que le decía a nuestra madre y luego te cuento.

Marcelino, el nieto mayor de Lucía, se sentó en el sofá del salón y comenzó a leer la carta. Al cabo de un rato Isabel que acababa de meter en una bolsa unos cuantos vestidos y bolsos de su madre para llevarlos a Cáritas, entró en el salón y vio que su hermano estaba sentado, cabizbajo y con la carta en la mano.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿A qué viene esa cara?

Marcelino no contestó, levantó la mirada hacía su hermana, la miró por un momento y, sin decir nada, le entregó la carta.

—¿Esta es la carta que dijiste que le escribió la abuela a mamá?

—Sí, esta es —dijo Marcelino.

—Vale, ¿pero a qué viene esa cara tan seria? ¿Qué pone en la carta?

—Mejor léela.

Isabel cogió la carta, se sentó junto a su hermano y se dispuso a leer la carta. Marcelino seguía con el rostro serio y guardó un silencio absoluto mientras su hermana leía aquellas hojas que le acababa de entregar.

Al terminar de leerla, dobló aquellos folios y los metió con sumo cuidado en el sobre, lo dejó sobre la pequeña mesa que tenían delante y ambos se mantuvieron en silencio durante unos minutos. Marcelino fue el primero en hablar.

—¡Nuestro abuelo no era Marcelino! ¡Nuestro abuelo era un fascista!

Isabel se quedó sorprendida por aquellas palabras de su hermano que no esperaba. Se le quedó mirando y le respondió.

—¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿Qué nuestro abuelo bilógico fuese un fascista?

—¿Te parece poco?

—Pero, ¿qué dices, Marcelino? No te reconozco. Nos acabamos de enterar de los sufrimientos que tuvo que soportar nuestra abuela, las humillaciones, lo duro que tuvo que trabajar para sacar a nuestra madre adelante, el dolor que tuvo que sentir mientras veía morir a su marido de una forma tan horrible, y a ti ¿solo te preocupa que seamos los nietos de un fascista?

Marcelino no contestó, estaba con las manos unidas, sus codos apoyados sobre las piernas y su cuerpo hacia delante con la mirada clavada en la carta que su hermana acababa de dejar sobre la mesita. Parecía meditar sobre las palabras que le acababa de decir su hermana. Unas palabras de reproche a la banalidad de la opinión que había provocado en él la lectura de la carta.

—Discúlpame, hermana. Te pido disculpas por la estupidez de mi comentario. No llegué a reflexionar como tú sobre el verdadero contenido de la carta. Ya sabes que yo siempre, a diferencia de ti, ya me lo decía papá, soy bastante más superficial.

—No seas tan duro contigo mismo, Marcelino. Quizás yo he sido un poco brusca recriminando tu comentario.

Al ver que los ojos de su hermano empezaban a brillarle y estaban a punto de brotarle alguna lagrима, le abrazó tiernamente.

Creo que los dos estamos muy sensibles. Después del dolor por la pérdida de nuestra madre, la lectura de esta carta, creo que ha sido un choque emocional muy fuerte para los dos.

—Tienes razón Isabel —le dijo mientras se separaba del abrazo por el que estaban unidos—. Mamá no nos habló de esa carta en ningún momento.

—Supongo que al igual que la abuela no tuvo fuerzas para decírnoslo frente a frente. Sabía que tras su muerte veríamos la caja y la carta. ¿Estaba cerrada?

—No, no. Estaba abierta y no estaba escondida, estaba a la vista nada más abrir el armario.

—Pudo haberla destruido, pero no lo hizo, jamás se desprendió de ella. Es evidente que quería que la leyésemos tras su muerte, como ella la

leyó tras la muerte de la abuela —guardó silencio por un momento y luego siguió diciendo—. Quiero proponerte algo, Marcelino.

—Tú dirás.

—Quiero que este fin de semana vayamos los cuatro, tu mujer, mi marido y nosotros dos al pueblo a ver el lugar donde está enterrado —Isabel vaciló por un momento antes de terminar la frase—, donde está enterrado nuestro abuelo —dijo finalmente—. Podréis venir ¿no?

—Sí, por nuestra parte no hay ningún inconveniente. Me parece una excelente idea. ¿Sabes Isabel? Tu tenías tan solo doce años y quizás no lo recuerdes, pero yo sí que recuerdo que cuando murió la abuela, mamá pasó una temporada muy mala. No era por la tristeza de la muerte de su madre, era por algo más. La veía muy pensativa, incluso en alguna ocasión la vi discutir con papá. Ahora lo entiendo. Pero como ves, yo tampoco me atreví a preguntarle qué le pasaba

—Es cierto que a veces, guardamos demasiados silencios —respondió Isabel.

Los cuatro permanecieron callados junto al lugar donde, parecía ser, estaban enterrados los restos del marido de la abuela Lucía. Isabel se acercó hasta el lugar en el que había pintada una rosa roja y agachándose llevó su mano hasta aquella flor y no pudo contener su emoción evocando el cruel asesinato del que siempre había considerado su abuelo y el momento en que su abuela pintó aquella rosa. Con el dedo fue señalando su contorno y por un momento pareció que la mano de su abuela y la de ella, se confundían en el tiempo, pero en ese mismo lugar. A la flor pareció brotarle el color rojo con más fuerza.

Los hermanos se pusieron en contacto con una Asociación del lugar en pro de la Memoria Democrática que les hizo todos los trámites para la exhumación del cuerpo de Marcelino.

Las dos parejas acordaron enterrar aquellos huesos en la misma sepultura donde descansaban los cuerpos de Lucía y de Consuelo.

La carta no mencionaba la fecha exacta del asesinato de Marcelino, tan solo el mes y el año, enero de 1937, así pues y de acuerdo con la Asociación Memorística, decidieron que los tramites y exhumaciones coincidiesen en el tiempo de tal manera que pudiese ser enterrado en la sepultura familiar el 9 de enero, festividad de San Marcelino, 85 años más tarde.

Después de tanto tiempo Lucía y Marcelino se habían reencontrado; sus restos descansan juntos y con ellos, Consuelo, la hija de Lucía.

En la lápida el nombre de los tres con las fechas de su muerte y bajo el de Marcelino un epitafio:

“Aquí yace un hombre bueno asesinado por los fascistas el 9 de enero de 1937”.

Girardón